

“LA VISIÓN MÍTICA DEL OTRO: ORIENTALISMO Y OCCIDENTALISMO”Francisco Javier Fraíz Ascanio¹

fjavfraiz@gmail.com

Resumen

El “orientalismo” y el “occidentalismo” constituyen construcciones conceptuales que resumen una visión prejuiciada del “otro”. El concepto de orientalismo tomado en consideración fue el elaborado por el intelectual palestino Edward Said, y el de occidentalismo por Avishai Margalit e Ian Buruma; los cuales expresan como las potencias occidentales (coloniales en determinado momento) y los pueblos sometidos de “oriente” conciben a su contraparte, gracias a los intercambios que se dieron por medio de la expansión de las potencias europeas en los continentes de Asia y África desde finales del siglo XVIII. Aún hoy, en pleno siglo XXI, la visión del “otro” expresada en estos conceptos continua vigente. Es por ello que el mito, que intenta dar sentido y orientación a la experiencia humana, se relaciona con estos conceptos que aglutinan vivencias, intercambios e interpretaciones culturales.

Palabras Clave

Orientalismo, Occidentalismo, Mito, Prejuicio.

Abstract

The “orientalism” and the “occidentalism” constitute a construction that summarizes a prejudice vision of the “other”. The concept of orientalism taken in consideration was elaborated by the Palestinian intellectual Edward Said, and the occidentalism by Avishai Margalit and Ian Buruma; witch express how the western powers (colonial in determinate moment) and the subjugated people (of the “east”) convinced at their counterpart, thanks at the changes that it given through the expansion

¹ Licenciado en Historia de la Universidad Central de Venezuela. Magister Scientiarum en Relaciones Internacionales y Globales de la Universidad Central de Venezuela.

of the European powers in the continents of Asia and Africa since the end of the XVIII century. Today, in the XXI century, the vision of the “other” expressed in those concepts, continued in force. It’s for that that the myth, that try to give sense and orientation of the human experience, it related with those concepts that bind those cultural experiences, exchange and interpretations.

Key Words

Orientalism, occidentalism, myth, prejudice.

Introducción

La visión mítica e idealizada del otro, de quien no es “yo” o “nosotros”, sino lo que es “el”, “ella” o “ellos”, en este caso, de colectivos que se encuentran geográficamente en el este o el oeste, será lo que se aborde en esta presentación. El orientalismo y el occidentalismo representan elaboraciones conceptuales que intentan aglutinar como distintas civilizaciones ven a las otras, con las cuales han sostenido intercambios de diversa índole, bien sea en el ámbito político, económico, social y cultural.

Es conocido que desde el inicio de la expansión europea a “oriente” a partir de finales del siglo XV y más concretamente desde la segunda mitad del siglo XVIII, cuando el imperialismo europeo iba tomando forma en Asia y África, las potencias europeas occidentales y posteriormente los Estados Unidos, a través de distintas vías, trataron de entender, explicar y justificar el sentido de su dominación política, económica, militar y estratégica fuera de sus fronteras. Por medio de fuentes de variado tipo justificaron las razones que impulsaban su dominio, que consideraron se trataba de una labor loable, bien intencionada y a final de cuentas, positiva para las poblaciones que sometieron a su control.

Posteriormente, el resultado de tales intercambios que originó dicha convivencia fue una visión prejuiciada de las poblaciones autóctonas de esas regiones, que resume en buena medida el concepto de orientalismo. De igual manera, las poblaciones subyugadas elaboraron su propia visión del invasor, que recoge el concepto de occidentalismo. Como toda visión parcializada, tanto el orientalismo como el occidentalismo representan percepciones del otro distorsionadas, sencillamente es lo que “yo” o “nosotros” creemos que son “el”, “ella” o “ellos”, en muchas ocasiones tales visiones son reduccionistas y apriorísticas y, por lo tanto, de difícil aceptación hacia quienes son dirigidas por la carga etnocéntrica que conlleva.

En este caso, no es de extrañar que tales visiones puedan ser calificadas de míticas, en vista de que no gozarán de aceptación universal. El hecho de que el mito esté presente en la visión del otro, no significa que el mito sea erróneo o falso, porque al fin

y al cabo, el mito recoge una visión y una manera de entender y organizar las cosas que reúne el pensamiento de un colectivo. En esta presentación se tratará de explicar en qué consisten estos conceptos de orientalismo y occidentalismo, contrastarlos y relacionarlos con el mito, que resume una manera de entender, organizar y explicar lo que sucede aquí y ahora, pero con un sentido trascendente, ya que el mito no tiene un sentido restringido, sino aglutinante, con pretensiones de totalidad, sin embargo, es una vía posible para llegar a ese todo, no la única.

Esta presentación no pretende ser rigurosa en el tratamiento y contraste de estas dos maneras de entender al otro, sino una aproximación inicial relacionada con una visión mítica que ayude a comprender como se mira y se juzga a quien es diferente, que no se remite únicamente a una dimensión geográfica de “oriente” y “occidente”.

Orientalismo

En la segunda mitad del siglo XVIII, cuando se inició el proceso conocido como revolución industrial, los países que la protagonizaron vivieron procesos de expansión y crecimiento que los llevaron a otras regiones “aún por descubrir”, con la intención de explorarlas y, si era posible, conquistarlas y dominarlas. Evidentemente, se hace referencia a las potencias occidentales del continente europeo, en especial Francia y Gran Bretaña. En la segunda mitad del siglo XIX, ya se hablaba de una “competencia colonial”, en la cual otras potencias europeas buscaban su propia expansión fuera del viejo continente. Es así que Alemania, Holanda, Bélgica e Italia entraron de lleno en esa carrera, en la que estos países procuraron dominar y controlar la mayor cantidad de territorio posible fuera de sus fronteras nacionales y continentales. La convención celebrada en 1885 de las potencias coloniales europeas en Alemania (Congreso de Berlín), que controlaban territorios en Asia y África, cuyo objetivo era dejar claro los territorios que “perteneían” o a los que tenían “derecho” las distintas potencias, fue una muestra de hasta donde había llegado ese proceso. Aunque los Estados Unidos no participó plenamente en esa conferencia, en ese tiempo había entrado de manera “tímida” en la carrera colonial.

Como todo proceso de este tipo, se produce un contacto y un intercambio entre el conquistador foráneo y el conquistado nativo. En cualquier proceso de dominación política imperial, se establece una relación de dominación y control político al oprimido, quien de una manera u otra cumple la voluntad del agente imperial y, por lo tanto, de las órdenes emanadas de la metrópoli. En el plano económico, se da una explotación en la que la metrópoli espera la llegada de ingentes recursos de la zona dominada, cuyos ingresos representan gran flujo de dinero en sus arcas. No es de extrañar que la población nativa explotada sea subvalorada y su trabajo duro despreciado. En el plano social, se establece una jerarquía marcada en la que los colonizadores se convierten en la élite dominante y privilegiada, incluyendo a un sector reducido de colaboradores locales, que se convierte en caldo de cultivo de futuras tensiones. En el ámbito cultural también se dan importantes intercambios; parte desde el intento de establecer comunicación, hasta el vestido, la comida, la educación, la música, el arte, la literatura y demás. En este sentido, el colonizador ve su cultura como superior, refinada, culta, de altura; mientras que la del colonizado es tosca, atrasada, ordinaria y no podría faltar, bárbara.

En un primer momento, es difícil que el intercambio entre colonizadores y colonizados se dé en términos de cordialidad, ya que el uso de la fuerza para someter al otro no genera aceptación; de hecho, el conquistado tratará de resistir permanentemente y visualiza permanentemente el momento en que vuelva a ser libre del sometimiento, opresión y explotación del colonizador. En un contexto semejante, costará ver señales de aceptación y tolerancia cultural de ambas partes, ante lo cual, la convivencia en los términos en que se dé, será lo que a través del tiempo hará que las culturas traten de entenderse y comprenderse. Este esfuerzo de comprensión y entendimiento, la intención explicar que se hace y por qué se hace, cuál es el sentido de esa realidad, es lo que originan las fuentes que ofrecen una visión del otro. Precisamente, de este tipo de fuentes, bien sean literarias, políticas, económicas, sociales, artísticas, militares, filológicas, teológicas, míticas y de cualquier otra índole, serán las que en conjunto constituyan un conglomerado que expresen una visión de “nosotros” y “ellos”, generalmente contrapuestas.

Esa visión que se puede entresacar de ese tipo de fuentes, pueden ser interpretadas de muchas formas, y los conceptos de orientalismo y occidentalismo procuran constituirse como categorías de análisis que apuntan en esa dirección, es decir, tratan resumir y hacer entendible de manera sintetizada, lo que un océano de fuentes explican de manera aislada y parcial, por lo que estos dos conceptos conjuntan elementos aparentemente aislados y los hacen digeribles.

En este sentido, sería oportuno comenzar por explicar en qué consiste el concepto de orientalismo, cuya versión más elaborada, discutida y polemizada fue la hecha por el intelectual palestino Edward Said, quien a finales de la década de los setenta del siglo XX publicó su célebre obra “El orientalismo”. Lo que Said trata de decir, es que la visión occidental de los territorios y poblaciones colonizados se aleja de la objetividad que proclama el científicismo positivista, por lo que el interés parcializado está presente hasta en lo más aparentemente inofensivo, como podrían ser las obras literarias; sin embargo, las conexiones que realiza en la definición de este término es aún más amplia:

“El orientalismo se puede se puede describir y analizar como una institución colectiva que se relaciona con Oriente, relación que consiste en hacer declaraciones sobre él, adoptar posturas con respecto a él, describirlo, enseñarlo, colonizarlo y decidir sobre él; en resumen, el orientalismo es un estilo occidental que pretende dominar, reestructurar y tener autoridad sobre Oriente... Creo que si no se examina el orientalismo como un discurso, posiblemente no se comprenda esta disciplina tan sistemática a través de la cual la cultura europea ha sido capaz de manipular e incluso dirigir Oriente desde un punto de vista político, sociológico, militar, ideológico, científico e imaginario a partir del período posterior a la ilustración... También pretende demostrar cómo la cultura europea adquirió fuerza e identidad al ensalzarse a sí misma en detrimento de Oriente, al que consideraba una forma inferior y rechazable de sí misma”².

El autor indica en su obra que este término fue elaborado por medio de la consulta de textos ingleses y franceses de diversa índole, pero que, sin embargo, se podría hacer el mismo esfuerzo si se revisan textos alemanes, holandeses, belgas, italianos y estadounidenses, en los que podrían encontrarse resultados similares, es

² Said, Edward. *Orientalismo*. Editorial DeBolsillo. Barcelona. 2003. Pp. 21 y 22.

decir, una visión parecida a la esbozada de esa manera de juzgar al otro. De hecho, el orientalismo tiene una dimensión no sólo geográfica; sino política, económica, social, militar, cultural, imaginaria, simbólica y mítica, que desde su aparición consumada desde el tiempo del colonialismo de las potencias occidentales europeas, en la cual han procurado representar sus consideraciones de culturas distintas de la propia, sus elementos inherentes se han mantenido en el tiempo, lo cual Said ha demostrado en su trabajo. Inclusive, al momento de establecer los límites y alcance de su obra y elaboración conceptual, hace referencia a los territorios de Asia y África donde el Islam es la religión predominante, dejando por fuera los territorios de Asia central y oriental y el África subsahariana.

No obstante, el autor demuestra que esa visión compactada en el término *orientalismo* se ha mantenido en el tiempo y ha seguido vigente aún después de culminado el colonialismo, la cual se ha trasplantado en el saber erudito en las instituciones académicas y de saber científico e imparcial por excelencia, que son las universidades y centros de conocimiento superior. Said demuestra que existe una conexión inseparable entre ese conocimiento “puro”, académico, imparcial y desprovisto de “interés” que representa el saber formal, y el interés político, económico, comercial, militar y geopolítico de las élites que controlan el aparato Estado en las naciones occidentales, inclusive, no duda en que se reproduce aún sin existir planificación o elucubración siniestra:

“Por tanto, el orientalismo no es una simple disciplina o tema político que se refleja pasivamente en la cultura, en la erudición o en las instituciones, ni una larga y difusa colección de textos que tratan de Oriente; tampoco es la representación o manifestación de alguna vil conspiración ‘occidental’ e imperialista, que pretende oprimir al mundo ‘oriental’... El orientalismo es una realidad cultural y política, lo que significa que no existe en un espacio vacío carente de archivos; muy al contrario, pienso que es posible demostrar que lo que se piensa, se dice o incluso se hace en relación a Oriente sigue unas líneas muy determinadas que se pueden aprehender intelectualmente”³.

³ Ibidem. Pp. 34 y 35.

En este sentido, el orientalismo no es una especie de disciplina o ciencia que se enseña, aprende y reproduce malévolamente, sino que está ahí, presente y tiene continuidad. Lo que Said trata de hacer ver al lector, es que éste sea capaz de detectar la presencia del orientalismo ahí donde se encuentre, pero no para acusarlo y juzgarlo, sino que pueda captarlo y entienda la falsedad de la pretendida “inocencia” que los autores orientalistas plasman en sus juicios. Aunque el orientalismo como categoría analítica pueda tener un amplio margen de aplicación, no tiene pretensiones de universalidad como concepto único con el cual analizar los contenidos de las obras de autores etiquetados de esta manera.

Aunque Said critica duramente a los autores tenidos como “orientalistas”, no implica que utilice su elaborado concepto como munición de ataque para recriminarlos y despreciar sus visiones para que pierdan validez y aceptación, que al fin y al cabo no es su objetivo; sino para que el lector comprenda el trasfondo de los juicios de valor apriorísticos que emiten, conozcan o no, hayan estado o no en “oriente”. Por lo tanto, geográficamente, oriente es demasiado amplio para condensarlo en un solo texto, y los límites en los que Said se maneja los deja bien establecidos en su obra.

Hoy en día, los autores considerados orientalistas, continúan reproduciendo los prejuicios apriorísticos que Said enuncia en su obra, además, recalca explícitamente como se deshumanizan a los ciudadanos que viven al “oriente” en el sentido de generalizar, sin matizar, que son de determinada manera y se comportan de tal otra, distinta de la “occidental”, que es tenida como la correcta, la apropiada. La visión orientalista no está distanciada de un maniqueísmo reduccionista de “buenos” (nosotros) y “malos” (ellos), en los que los logros positivos, loables, dignos de mención y exaltación; son los de occidente, y los negativos, reprobables y reprochables; de oriente. En tiempos más recientes, después del fin de la guerra fría, en la que el comunismo y el bloque socialista fueron la encarnación de lo diabólico y destructor (ellos) en el plano ideológico y fáctico; el liberalismo democrático y el mundo capitalista (nosotros) eran la encarnación más benévola del bienestar y de lo correcto. Semejante dualidad sólo podría conducir a un enfrentamiento mítico entre esas corrientes en la que una ganara y prevaleciera y la otra fuera derrotada y pereciera.

Más recientemente, el Islam se está percibiendo cada vez más crecientemente como el nuevo “enemigo” a combatir en occidente, el cual reúne y amalgama lo malévolos, aunque de un accionar distinto al anteriormente derrotado bloque político rival. Fenómenos como el terrorismo y el integrismo religioso de carácter político, son vistos como los nuevos “desafíos” a los que se enfrenta la “civilización occidental” y, en esta oportunidad, el Islam es su representante por excelencia:

*“En pocas palabras, fundamentalismo equivale a Islam, y este significa todo-aquello-
contra-lo-que-debemos-luchar-ahora, como hicimos con el comunismo durante la guerra
fría; en realidad, afirma Pipes, la batalla es más seria, más profunda y peligrosa en el caso
del Islam”⁴.*

Este tipo de generalizaciones arbitrarias en tiempos más recientes que se establecen con respecto al Islam, reproduce la distorsionada mirada al otro, alcanzando nuevas dimensiones, en la que autores como Bernard Lewis mete en el mismo saco de fenómenos reprobables a todos los musulmanes, como si los más de mil millones de personas que practican este culto “son” lo mismo, o afirmando sin sustentar que el Islam y la democracia son “incompatibles”. Es en este sentido que Said afirma que se deshumaniza tanto a los musulmanes como a la macro-comunidad, como a todos los ciudadanos de países ubicados al oriente de Europa y Estados Unidos con etiquetas del mismo cuño. Más allá de lo expuesto hasta acá, este fenómeno se da con similares características en el caso del occidentalismo, aunque de raíz distinta al orientalismo.

Occidentalismo

En la otra acera, surge el concepto de occidentalismo que, aparentemente, se podría interpretar como la contraparte del orientalismo, en el sentido de retratar lo que los ciudadanos de los países ubicados al “oriente” piensan sobre la civilización que los dominó y subyugó en la época del colonialismo. Sin embargo, presenta rasgos distintos en el sentido de que si bien explicita una visión distorsionada y subjetiva de occidente, sus características definitorias e inherentes tienen su origen en una dinámica opuesta. El colonialismo occidental en Asia y África desde la segunda mitad del siglo XVIII,

³ Said, Edward. *Cubriendo el Islam. Cómo los medios de comunicación y los expertos determinan nuestra visión del mundo*. Editorial Debate. Caracas. 2006. P. 41.

guarda estrecha relación con la revolución industrial, el pensamiento ilustrado-racional y la modernidad. Los pueblos sometidos al control de las potencias occidentales vieron el colonialismo como una afrenta a su tradición y su cultura, donde los contrastes en la vida social, política y económica impactaron profundamente su conciencia.

Las fuentes de las cuales se puede extraer el pensamiento anti-occidental son similares a las del orientalismo, como no podía ser de otra manera. No obstante, los autores que se ocuparon de juntar las características de este concepto son Avishai Margalit e Ian Buruma en su obra “Occidentalismo. Breve historia del sentimiento antioccidental”, que ven en la naturaleza del occidentalismo elementos que no coinciden con el orientalismo y, por otra parte, no pretenden presentar su obra como contraposición y respuesta a la obra de Edward Said. Se podrían citar como elementos fundamentales del occidentalismo sentimientos de odio y envidia contra occidente, como si fuera el culpable de los problemas y desgracias sufridas por “oriente”, tales como su situación de atraso y desigualdad frente a las potencias industrializadas. Aunque el modelo de desarrollo industrializado y mecanizado; secular, aparentemente “carente de alma y espíritu” se ha convertido en el canon con el cual se mide y juzga una nación, deja a la deriva el interior del ser humano, como si careciera de relevancia. Al igual que el orientalismo, la definición de occidentalismo está íntimamente ligada al desprecio por el ser humano:

“La imagen deshumanizadora de Occidente que pintan sus detractores es precisamente lo que hemos denominado occidentalismo. En este libro, nuestra intención no es otra que examinar este racimo de prejuicios y rastrear sus raíces históricas. Está claro que no es posible explicarlo sencillamente como un problema islámico peculiar. Es mucho lo que se ha torcido de una manera terrible en el mundo musulmán, pero el occidentalismo no puede reducirse a la condición de enfermedad propia de Oriente Medio, tal como tampoco era una enfermedad específicamente japonesa hace cincuenta años. Ya el empleo de semejante terminología médica equivale a caer en un ámbito nocivo de los propios occidentalistas... Occidente fue la fuente de la que manó la Ilustración y sus ramificaciones seculares y liberales, pero también fue el manantial de sus antídotos, tan frecuentemente venenosos”⁵.

⁴ Buruma, Ian y Avishai Margalit. *Occidentalismo. Breve historia del sentimiento antioccidental*. Ediciones Península. Barcelona. 2005. Pp. 15 y 16.

Lo que llama la atención de esta definición, es la sugerente relación biológica que pareciera estar inherente en el concepto, como si los no “occidentalistas” tuvieran una “enfermedad” que pudiera ser tratada, ya que afirman que “no puede reducirse a la condición de enfermedad propia de Oriente Medio, tal como tampoco era una enfermedad específicamente japonesa”. Naturalmente, la imagen y la visión distorsionada de occidente, conllevan a potenciales peligros y puede ser caldo de cultivo cultural de probables enfrentamientos y agresiones, pero es algo que no se “curará” con antídotos que puedan ser desarrollados en un laboratorio. Aunque los autores reconocen la culpa que occidente tiene en la creación de sentimientos adversos en su contra y toda la carga que representa el colonialismo y subyugación de lo que hoy día son buena parte de las naciones de Asia y África, la situación de asimetría de la mayor parte de éstas con respecto al mundo industrializado occidental también se debe a sus propias acciones y políticas, que evidentemente no tiene discusión.

Aunque el occidentalismo pueda tener mecanismos de repetición y reproducción, no cuenta con los refinados medios del orientalismo, ya que los autores no demuestran como el occidentalismo se construye en los espacios de la academia y el saber formal, quizá porque no está arraigado en esos medios, pero si puede encontrarse en el discurso político cotidiano. Los autores ponen en la palestra como el sentimiento anti-occidental se ha creado y ha evolucionado, pero no si el mismo se ha institucionalizado en el conocimiento formal. Lógicamente, no se puede pretender que estos dos fenómenos, el orientalismo y el occidentalismo, presenten una estructura similar y mecanismos de reproducción semejantes, pero salta a la vista el carácter sentimental que tiene el occidentalismo, que no pretende fundamentarse en la racionalidad científico-técnica, a diferencia del orientalismo, cuyo carácter menos pasional pareciera hacerlo “menos peligroso”:

“El occidentalismo puede considerarse expresión de un resentimiento amargo frente al ofensivo despliegue de superioridad por parte de Occidente, que se basa en la presunta superioridad de la razón. Más corrosivo que el imperialismo militarista es el imperialismo mental que se impone mediante la propagación de la creencia occidental en el cientificismo, la fe en la ciencia como única manera de acceder al conocimiento... La agresión contra occidente, entre otras cosas, es una agresión contra la mentalidad de

Occidente... Se trata de una mentalidad carente de alma, como una calculadora, incapaz de hacer lo que es humanamente importante de veras. La mentalidad occidental es capaz de grandes éxitos económicos, sin duda, y de desarrollar y promocionar el avance de la tecnología, pero no consigue en cambio aprehender las cosas más elevadas de la vida, ya que carece de espiritualidad y del entendimiento necesario del sufrimiento humano”⁶.

En el caso del occidentalismo, sus representantes, ante lo que consideran la defensa de una aparente agresión de occidente, anteponen su tradición contra la imposición arbitraria del canon occidental, es decir, en su consideración sobre occidente lo acusan de carecer de alma, de religión, de temor a Dios y, por lo tanto, de ser robots, máquinas, nihilistas, en resumen, carente de condición humana. Esto se debe no sólo a lo que aprecian los occidentales; las industrias, los procesos de producción en masa, la mecanización, la eficiencia práctica, en síntesis, su modelo; sino también a lo poco que les importan los otros, los explotados, los oprimidos. El carácter maniqueo presente en el occidentalismo, hace que los juicios emitidos se den en términos antitéticos, es decir, de bueno-malo, espíritu-cuerpo, hombre-máquina, tradición-modernidad.

Históricamente, la colonización creó sentimientos ambivalentes y contrastantes entre quienes veían a occidente como el modelo a seguir; como a quienes lo veían como el modelo a rechazar. En la práctica, originó una paradójica situación de injusticia entre las zonas desarrolladas, industrializadas y cosmopolitas y entre las atrasadas, sucias, aisladas y desconectadas. El pisoteo del honor y el orgullo de los pueblos sometidos por las potencias imperiales a través de la colonización, fue el caldo de cultivo para que la ira se apoderara de sectores de esas poblaciones, que veían y ven a occidente como todo lo rechazable y malévolo que pueda existir, llegando al extremo de creer que el rechazo, exclusión y eliminación física de sus seguidores, purificaría la “contaminación” que dicha abominación trajo consigo, por lo cual merecían un castigo implacable:

“Cuando los Jemeres Rojos hubieron cumplido su cometido y dejaron Phnom Pen convertida en una ciudad fantasma, convertidas las escuelas en cámaras de tortura, más de dos millones de personas habían sido asesinadas o muertas en los campos de trabajo. Este acto de venganza llevó menos de tres años. Al igual que el ataque de Al Qaeda contra las Torres Gemelas de Nueva York, fue una venganza real a la par que simbólica. Phnom Pen,

⁵ Ibidem. Pp. 100 y 81.

para los Jemeres Rojos, era el mal, era algo falto de autenticidad, capitalista, étnicamente mixto, occidentalizado, degenerado y corrompido, vendido al colonialismo. A los urbanistas no había por qué tratarlos de forma humanitaria, puesto que ya habían perdido el alma. Mediante un sistemático asesinato en masa, mediante el aplastamiento de la ciudad perversa, los Jemeres Rojos iban a restablecer la pureza y la virtud en la tierra de sus antepasados”⁷.

Este acto de venganza, terriblemente cruel y muestra del deprecio hacia la vida humana, es la concreción de la distorsión más retorcida de lo que sus ejecutores vieron como la reivindicación del “honor nacional”, de la tradición, de la “pureza” y la grandeza de su pueblo y su cultura. Y como éste, pueden citarse otros casos. Es fácil que venga a la mente pensar cómo en tiempos recientes los Estados Unidos se ha convertido en la representación más acabada de occidente a los ojos de sus detractores, es decir, lo más despreciable, lo más diabólico. En su política exterior y relación con otros países, los Estados Unidos ha llevado a cabo actos en los que ha mostrado su arrogancia como la más grande y acabada superpotencia global, que ha cultivado la enemistad y hostilidad en su trato con otras naciones, llegando a desatar guerras en las que las poblaciones nativas como un todo han tenido que resistir su presencia y ocupación militar, es decir, los ciudadanos sometidos han tenido que luchar por los valores que los norteamericanos dicen defender y promover, como la libertad, la democracia, la paz y la justicia.

La doble moral, la ambivalencia y el doble rasero, han originado aversión contra los Estados Unidos y lo que hoy día se entiende como occidente. El apoyo a regímenes dictatoriales y tiránicos, que han arremetido duramente contra la ciudadanía de países en Asia y África durante el siglo XX, y su participación en conspiraciones para derrocar regímenes con importantes índices de apoyo popular (como el de Mossadeh en Irán en 1953), han generado malestar en estas regiones del mundo, considerando, por lo bajo, como hipócritas a quienes pretenden dar lecciones de “buen comportamiento”. Pero esto no se reduce al ámbito político; el económico, social, militar y cultural no escapan a ello:

⁶ Ibidem. P. 53.

“Como quiera que las formas contemporáneas del occidentalismo se concentran con gran frecuencia en Norteamérica, conviene señalar que el antiamericanismo es a veces resultado de determinadas y muy específicas políticas norteamericanas, como es el respaldo que presta a dictaduras anticomunistas, o a Israel, o a las multinacionales, o al FMI, o a todo lo que se pueda abarcar bajo el marchamo de la ‘globalización’, término que se puede utilizar por lo común como abreviatura del imperialismo estadounidense. Hay personas que se oponen a Estados Unidos sencillamente por ser tan poderoso. Otros guardan resentimiento con el gobierno estadounidense porque les presta ayuda, o les suministra alimentos, o les protege, tal como uno guarda resentimiento a un padre autoritario. Y algunos odian a Estados Unidos porque les retira la ayuda cuando más se la espera”⁸.

Independiente de las culpabilidades y responsabilidades en los males de la sociedad y en el mundo, la visión agrupada en el occidentalismo es subjetiva, con importante carga emotiva y naturalmente distorsionada, no real, ni cierta de occidente. Tal como sucede con el orientalismo, en el occidentalismo se generaliza sin matizar, se mete a todos en un mismo saco, por lo cual, constituye un reduccionismo. Aunque tiene ciertas similitudes con el orientalismo, los autores que construyeron el concepto de occidentalismo le dan un matiz farragoso, como si se tratase de una especie de mal congénito, que se contagia, pero que también se puede inducir, inculcar, mientras que el orientalismo representa una actitud intelectual con la cual medir, con la cual juzgar y, a pesar de que el occidentalismo pueda ser entendido de manera similar, queda flotando la sensación de que es algo con lo aparentemente se nace.

Carácter Mítico de los Conceptos de Orientalismo y Occidentalismo

El destacar un carácter mítico del orientalismo y del occidentalismo, no se pretende equiparar el mito con falsedad, mentira, fantasía, “fuera de la realidad”; sino una manera de organizar, sistematizar, entender y juzgar lo que estas elaboraciones conceptuales intentan. De hecho, estos conceptos podrían ser vistos como modelos analíticos para comprender la compleja realidad que nos rodea, que independiente de su marcada subjetividad, contribuye a un esfuerzo de entendimiento y comprensión que sirve como instrumento de observación y análisis.

⁷ Ibidem. P. 18.

Como es conocido, es difícil que se llegue a aceptar una definición consensuada y aceptada universalmente acerca de qué es el mito. Aunque se podrían enumerar elementos que están siempre presentes en el mismo, ha resultado en extremo complicado condensarlo en un solo párrafo o planteamiento que aglutine su esencia. El mito trata de dar un sentido de totalidad, de gran unidad a la realidad social que vive el ser humano, en conexión con el espíritu y un sentido de trascendencia, de manera tal que orienta, da una dirección, un camino a seguir. El mito con frecuencia se expresa por medio de un relato, que sirve de modelo, de arquetipo, de camino a seguir e imitar, por lo cual cumple una función vivencial importante.

El mito sirve de marco explicativo para comprender desde el origen de las cosas, del mundo, del hombre, hasta de los comportamientos sociales, de los fenómenos más recurrentes que se presentan en una sociedad, en un lugar y tiempo cualquiera. Si bien el mito no es el único vehículo que sirve de guía para entender las cosas, en el sentido de esfuerzo aglutinador de la comprensión, es de múltiple interpretación, por lo tanto, no es unívoco, y ello se debe, en parte, a la presencia ineludible del símbolo en el mito; no obstante, el carácter simbólico del mito no es la acepción que se tomará con mayor peso en el marco de este trabajo:

“El mito, como expresa esta cercanía semántica, es una forma de ofrecer orden e iluminación a una realidad caótica. El “legein” es una primera forma de conocimiento que sitúa a las cosas en la realidad proporcionándoles un lugar, separando, clasificando y ordenando el espacio humano, que queda así iluminado. No es casual que los relatos míticos de la creación, como el bíblico, introduzcan orden mediante la palabra en el caos original. Sin orden no hay más que oscuridad y tinieblas, caos y desorientación”⁹.

Las experiencias vividas por “occidentales” y “orientales”, seres humanos de carne y hueso, implicó un intercambio vital, experimental; pero también cultural, espiritual, y, por lo tanto, trascendente, por lo cual marca, deja huella, recuerdos. Temporalmente, aunque pueda demarcarse cronológicamente, con fechas concretas, el pasado, el presente y el futuro conviven permanentemente en la experiencia humana, y tanto el mito, la historia y cualquier disciplina o ciencia que ayude a la aproximación y

⁹ Mordones, José. *El retorno del mito*. Editorial Síntesis. Madrid. 2000. P. 70.

comprensión de estos fenómenos, no tienen fecha de culminación conocida de antemano, por lo que siempre estarán ahí presentes. El orientalismo y el occidentalismo, como construcciones conceptuales, tratan de reunir el sentimiento, expresión y visión idealizada de un colectivo hacia otro colectivo, independiente de la excepción de las experiencias individuales y grupales, cualquiera sea su carácter, positivo o negativo.

Como toda experiencia de vida, ésta se presenta paradójica, contradictoria, no siempre coherente dentro de parámetros de normalidad de determinada cultura. Por ello, el mito sirve como fuente para abordar y dar sentido a ese tipo de situaciones, por lo que otra definición del mito dice que son:

“Formaciones cognitivo-expresivas de lo que un grupo (o la especie entera) supone actuar en el trasfondo de las manifestaciones paradójicas de su entorno natural o social, en calidad de causas, condiciones o determinantes, como poderes metahumanos de naturaleza psíquica”¹⁰.

Existen otras definiciones acerca de que es o que se entiende por mito, además, podrían clasificarse y categorizarse, pero no es el propósito de este trabajo adentrarse en ello, sino dejar sentados unos parámetros bajo los cuales manejar los conceptos que se procurarán relacionar y contrastar. Desde el período de la ilustración, en el ámbito del saber racional y, más concretamente en el científico-técnico, se ha presentado al mito como algo no real, no palpable, no concreto y, por lo tanto, no racional, superado, irreal y, por extensión, inútil para aproximarse a explicar los fenómenos del mundo en que vivimos, ante lo cual se ha despreciado su uso e interpretación como vía válida del conocimiento y la verdad:

“Pero después de todo, los mitos inauténticos tienen una relación con la realidad por el hecho que estas formas de representación con raíces profundas, por mucho que estas formas se colmen con nuevos contenidos y de esa manera se distorsionen”¹¹.

Teniendo presente un marco mínimo en el cual manejarse en el ámbito del mito y habiendo expuesto sucintamente los conceptos de orientalismo y occidentalismo, es menester ampliar un poco los límites establecidos por Edward Said, ya que los

9 Cencillo, L. *Los mitos, sus mundos y su verdad*. Editorial BAC. Madrid. 1998. P. 11.

10 Hubner, Kurt. *La verdad del mito*. Siglo XXI Editores. México. 1996. P. 360.

prejuicios, la manera de presentar y evaluar del orientalismo a todo lo que no sea occidente, puede extenderse a otras civilizaciones de “oriente”. Además, en el campo de la cinematografía y los programas de televisión con fines de entretenimiento, han tenido desde sus inicios una marcada conexión con los prejuicios orientalistas, por lo que no es de extrañar que constituyan una vía directa de insertar esa manera de juzgar en la gente común que no se detiene a pensar en dicho fenómeno que, lógicamente, desconoce:

“Cuando los chinos se introducen en la sociedad occidental, el barrio chino no es el simple escenario del bufón cómico, del hombre que habla de forma macarrónica y es propietario de una lavandería. El barrio chino, por obra de la convención que va de Conan Doyle a Sex Rohmer, es un antro de iniquidad repleto de asechanzas y amenazas. Es el hogar de esa manida encarnación de la crueldad y la malévola intención china que es Fu Manchú, cuyo nombre representa el Peligro Amarillo, y cuyo objetivo consiste en establecer un `Imperio Amarillo Universal’”¹².

Con este ejemplo se ilustra perfectamente que el orientalismo no se remite solamente al mundo islámico, que hoy en día ciertos sectores ven como la principal “amenaza existencial de occidente”, sino que hay otros peligros que acechan, pero no sólo en un sentido apocalíptico, de posible lucha final, sino que también rete la supremacía y privilegiada posición de occidente en el mundo globalizado e interconectado. Pero antes de ahondar en ello, vale la pena detenerse un poco en la crítica que han recibido estos conceptos, que en cierto sentido desvirtúa su alcance teórico y temporal:

“Valiéndose de definiciones de carácter global, aunque contradictorio, Said concluye el orientalismo como un discurso relativamente unificado que atraviesa la totalidad del curso de la historia, desde la antigüedad a la época contemporánea. Su obra presenta una genealogía del orientalismo en la cual las características fundamentales del discurso se repiten en diferentes épocas de la historia humana. El argumento más significativo de Said sostiene que los `textos [orientalistas] no sólo pueden crear conocimiento, sino también la propia realidad que en apariencia describen. Con el tiempo,

¹¹ Sardar, Ziaudin. *Extraño oriente. Historia de un prejuicio*. Editorial Gedisa. Barcelona. 2004. P.173.

*ese conocimiento y esa realidad generan una tradición', tradición que, una vez constituida, configura todo saber ulterior sobre oriente"*¹³.

En la obra de Said, no existe tamaña genealogía con intención de universalizar su concepto desde antes de Cristo, ya que no existían tales dimensiones ni grado de conocimiento entre las distintas civilizaciones, adicional a los limitados contactos que pudieron haber tenido gracias a las grandes distancias geográficas, complicadas de cubrir con los medios de transportes existentes en épocas anteriores a la industrialización. En todo caso, el orientalismo tomó forma junto con la modernidad, y es a ella con la que está unido, porque los prejuicios y el etnocentrismo han existido y existirán siempre, así como visiones distorsionadas que posteriormente se desvanecen o permanecen con el contacto y con el tiempo.

En el caso del concepto de occidentalismo, por su reciente elaboración, no presenta una crítica tan sofisticada como su predecesor, además que la misma se basa en sus fundamentos prácticos, no en su metodología o profundidad teórico-conceptual. Son los mismos autores los que hacen un ejercicio intelectual de por donde sospechan que podría venir alguna crítica, que evidentemente, no penetrará en profundidades ontológicas y epistemológicas:

“Existen, por supuesto, razones perfectamente válidas para ser críticos con muchos de los elementos que integran ese caldo venenoso que llamamos occidentalismo. No todas las críticas de la Ilustración desembocaron en la intolerancia o en un peligroso irracionalismo... Algunos prejuicios orientalistas hicieron que los no occidentales ni siquiera parecieran seres humanos plenamente adultos; tenían una mentalidad meramente infantil, y se les podía tratar, por tanto, como a seres de razas inferiores. El occidentalismo es cuando menos igual de reductor; su fanatismo inherente tan sólo trastoca y pone del revés la visión orientalista. Reducir a una sociedad o a una civilización entera a la condición de mera masa de parásitos desalmados, decadentes, plutócratas, desarraigados, descreídos y sin sentimientos es una forma de destrucción intelectual... El propósito de este libro no es ni acumular munición en una `guerra contra el terrorismo global' ni demonizar a los actuales enemigos de occidente. Nuestro objetivo es más bien entender qué es lo que alimenta e impulsa el occidentalismo, y mostrar que los terroristas suicidas de hoy y los

¹² Ibidem. Pp. 120 y 121.

soldados de la guerra santa no padecen una patología única, sino que tienen su combustible en ideas que a su vez poseen una historia”¹⁴.

Nuevamente se ve en este ejercicio de autocrítica el elemento biológico-psicológico presente, por lo que aún falta mucha tinta por correr en el análisis de este concepto que ha sido presentado en tiempo reciente, a diferencia del orientalismo, que lo presenta como una actitud intelectual, no un mal “venenoso”, “patológico”, ya que ser orientalista no equivale a “estar loco”. A pesar de que los constructores del concepto de occidentalismo intentan rastrear los orígenes del mismo, mostrar su historia reciente, que surge como herencia del colonialismo, dejan en el aire la sospecha de que quienes estén de ese lado, algo malo ronda por su espíritu, por su cuerpo y por su mente.

Tanto un concepto como el otro, tienen la posibilidad de representar peligros potenciales de consecuencias lamentables, que nadie con sanas intenciones podría avalar. Pero no puede olvidarse las circunstancias y el papel de quienes en un momento determinado fueron dominadores y sometidos, dentro de la cual surge una visión y una manera de evaluar acorde a la condición y posición social de las personas que cumplían determinados roles y, por consiguiente, parecían llevar consigo características que los hacían identificables:

“Los chinos, por otra parte, trabajaban para proporcionar a los europeos la práctica totalidad de sus comodidades. Trabajaban como mayordomos y camareros, construían vías férreas y regentaban pequeños negocios que proporcionaban a los europeos su ‘profusión de lujos’. Por consiguiente era necesario generar un conjunto de mitos diferente para los chinos: ‘fumaban opio, mentían sin límite, y a la menor oportunidad se mostraban deshonestos, taimados y traicioneros. Sin embargo, a pesar de todo esto, los chinos eran considerados industrioses simplemente porque se ocupaban de las formas de trabajo inferiores. Los indios tenían una proporción similar por las mismas razones”¹⁵.

Este tipo de juicios parten de cuestiones que están íntimamente relacionadas con el ser humano, que tiene necesidades existenciales de ubicarse, de saber su lugar, su papel y función en el mundo en que vive, que independiente de su diversidad, precisa

¹³ Buruma, Ian y Avishai Margalit. Op. cit. Pp. 20 y 21.

¹⁴ Sardar, Ziaudin. Op. cit. P. 111.

ubicar su ser individual y colectivo y, a partir de ahí, construir un cristal bajo el cual mirar, evaluar y explicar lo que ve, lo que pasa y lo que él mismo hace:

“Si tengo una conciencia mítica, en ningún momento puedo considerar mi existencia como absoluta inicialidad; resigno, por lo tanto, mi libertad, y procuro adoptar un punto de vista desde el cual yo mismo soy enteramente visible. Más aún: no es este tanto un punto de vista supraindividual, que me destruiría solo en mi inicialidad, cuanto un punto de vista suprahumano, pues no solo me someto a la mirada cosificante con la que me identifico en ese movimiento trascendente, sino que someto a esta mirada toda la humanidad. Es claro que el mito, independiente de las particularizaciones personales posibles a que está sometido en el proceso de su asimilación por la existencia individual, sólo puede ser asimilado por esta si le otorga un sentido de vigencia genérica, un carácter obligatorio, humano-universal”¹⁶.

Visto a grosso modo los conceptos de orientalismo y occidentalismo y su conexión con una acepción relativamente amplia de los conceptos de mito, se pueden adelantar algunos elementos con los cuales contrastar su carácter. En el caso del orientalismo, su construcción conceptual se inscribe en una línea argumental que demuestra su carácter subjetivo, no imparcial, apriorístico y conectado con intereses políticos e ideológicos de dominación y control de las potencias occidentales que, a pesar de haberse extinguido el colonialismo decimonónico, continúa presente en el saber académico institucionalizado y en el campo informal, en los medios de comunicación y casi cualquier ámbito social de occidente. Metodológicamente, sostiene una línea consistentemente elaborada y demostrada, lo cual no convierte al orientalismo en un concepto infalible e indestructible, sin embargo, goza de gran solidez, aún mirándolo bajo el cristal de la racionalidad científica. Por otra parte, su vigencia continúa más que presente y su flexibilidad aplicativa puede extenderse a regiones y civilizaciones distintas bajo las cuales surgió como concepto.

En el caso del occidentalismo, también se inscribe en una línea argumental que demuestra el carácter subjetivo de los juicios occidentalistas, que es apriorístico, no imparcial y conectado con intereses políticos, en algunos casos con fines manipulativos, adicional al carácter biológico y psicológico inherente que los autores endilgan a

¹⁵ Kolakowsky, Leszek. *La presencia del mito*. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1972. P. 27.

quienes “sufren” de ese mal. Por lo expuesto en la obra, no se ve la formalidad e institucionalidad del saber académico, que podría estar presente, pero que no aparece en la misma. Metodológicamente, no sostiene una vía unificada, ya que los autores desarrollan su argumento bajo categorías que van en múltiples direcciones, lo cual no le resta coherencia a su argumento. A diferencia del orientalismo, el occidentalismo si bien tiene flexibilidad en su aplicación, falta tiempo para ver su alcance.

La relación de estos conceptos con el del mito es completamente posible de establecer y encaja sin cortapisas, en el sentido de que estas construcciones tratan de ser amplias (simbólicas), sintéticas y abarcan una manera de ver, representar y juzgar al otro. De hecho, podrían resumir simbólicamente la visión de la contraparte de “oriente” y “occidente”, el “norte” y el “sur”, el “opresor” y el “oprimido”, el “avanzado” y el “atrasado”, el “racional” e “irracional”, el “espiritual” y el “corporal”, el “inteligente” y el no “tan”, y así. Cualquier manera prejuiciada de ver al otro es un punto de partida erróneo y distorsionado que sirve de base a juicios antitéticos, y es de esta forma que surge una especie de torre de Babel que guarda dentro de sí odio y resentimiento, cuyo resultado se ve en el mundo de hoy; donde a pesar del alabado avance tecnológico y facilidades de vida material, en el plano no físico se palpa una lucha que pareciera convertirse en potencial guerra. Después de todo, las civilizaciones de occidente y de oriente se han alimentado la una de la otra para constituir el resultado y el producto de lo que hoy son y pueden llegar ser.

Conclusiones

La visión con que un individuo, una cultura y una civilización ve y juzga a otra distinta de la suya, queda resumida en buena medida en los conceptos de orientalismo y occidentalismo expuestos en este artículo. Aunque el orientalismo goza de mayor solidez aún sometiéndolo a la evaluación del canon científico y de la racionalidad argumentativa, no le quita méritos al occidentalismo como esfuerzo de conceptualizar. Como se pudo apreciar en este artículo, estos conceptos no están del todo realizados, ya que es posible incorporar o dejar de lado elementos que están inmersos en ellos, por lo cual, no se ha dicho la última y definitiva palabra al respecto.

El mito, en sus distintas acepciones, encaja como elaboración intelectual con la cual abarcar estos dos conceptos, que reúnen una visión, una manera de ver y juzgar idealizada del otro. Hoy en día, se puede ver como estos dos conceptos continúan vigentes, ya que tanto en “oriente” como en “occidente” hay sectores que presentan a sus contrapartes como enemigos a los que hay que combatir, que representan un peligro contra su cultura, su manera de ser y, por lo tanto, contra su existencia. Puede verse que el maniqueísmo continúa presente en el mundo contemporáneo de hoy, a pesar del gran progreso material que la modernidad ha traído consigo y que la relativización de todo conocimiento y juicio goza de gran alcance. Pero el lado destructivo de ese maniqueísmo reductor es el que representa un peligro existencial no sólo para “oriente” y “occidente”, sino para la humanidad entera, que pareciera estar obsesionada por una lucha final en la que una parte sobrevive y la otra perece, una especie de apocalipsis darwinista.

La vida humana no está exenta de conflictos y enfrentamientos, sin embargo, la convivencia implica que todos tienen derecho de vivir y de estar en este mundo, por lo que la distorsión de ver una lucha entre contrarios como un deber eliminar al otro en una lucha por la supervivencia, es la interpretación errónea del combate, y eso está presente ocasionalmente en los relatos míticos. La apuesta por la convivencia, la tolerancia y la diversidad es lo que hará más apacible el mundo en que vivimos, que restará angustias existenciales al humano que podría destruirse a sí mismo.

Bibliohemerografía

- Buruma, Ian y Avishai Margalit. *Occidentalismo. Breve historia del sentimiento antioccidental*. Ediciones Península. Barcelona. 2005.
- Cencillo, L. *Los mitos, sus mundos y su verdad*. BCA. Madrid. 1998.
- Duch, Lluís. *Mito, interpretación y cultura*. Editorial Herder. Barcelona. 1998.
- Durand, Gilbert. *Mitos y sociedades. Introducción a la mitología*. Editorial Biblos. Buenos Aires. 2003.
- Hubner, Kurt. *La verdad del mito*. Siglo XXI Editores. México. 1996.
- Huntington, Samuel. *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Editorial Paidós. Barcelona. 1997.
- Mordones, José. *El retorno del mito*. Editorial Síntesis. Madrid. 2000.
- Said, Edward. *Cubriendo el Islam. Como los medios de comunicación y los expertos determinan nuestra visión del mundo*. Editorial Debate. Caracas. 2006.
- Said, Edward. *Orientalismo*. Editorial DeBolsillo. Barcelona. 2003.
- Sardar, Ziauddin. *Extraño oriente. Historia de un prejuicio*. Editorial Gedisa. Barcelona. 2004.